



LA QUICHUA EN SANTIAGO

Es un hecho, al abrigo de toda duda, que la población de la provincia Argentina de *Santiago del Estero* habla la lengua *quechua* o *quichua*, que es la lengua general del Perú. Si esa parte del territorio de la Confederación se hallase inmediatamente en contacto con la República Boliviana, no causaríamos tanta extrañeza el fenómeno que acabamos de señalar; pero no es así. Entre la parte meridional del territorio boliviano y la provincia de Santiago, se interponen otras provincias argentinas cuyas poblaciones no conocen la lengua de los Incas y hablan el español únicamente.

El S. Poucel, con la sagacidad de inducción que le es familiar, ha echado de paso algunas ideas sobre esta materia en un artículo recientemente publicado en *El Orden*; ideas que nos proponemos ayudar un poco con los presentes renglones.

La cuestión histórica que a este respecto debe ventilarse es: ¿Los pobladores primitivos de los llanos de Santiago se establecieron allí durante el gobierno de los Incas, o con posterioridad a la conquista del Perú por las armas españolas?—Nos parece que por mucho que se compulsen elementos deficientes que componen la historia de esta parte de la América, no se hallarían pruebas terminantes para asegurar lo primero, ni para negar lo segundo. Los Incas eran conquistadores e invasores; hicieron por muchos siglos el papel de los romanos, y se dice de ellos, como se ha dicho de los *Señores del Mundo*, que tomaban lo mejor de los usos y costumbres de los pueblos que sometían a su dominio. Eran tolerantes y trataban de aligerar la mortificación de la conquista derramando en sus nuevos dominios los beneficios

de la excelencia de su gobierno, de su administración y de su civilización verdaderamente notables. Es de creer, pues, que tanto por medio de las armas como de la habilidad, y sobre todo por la fuerza de expansión que tienen en sí los pueblos adelantados, se extendió el Imperio de los Incas en el ámbito que le señalan los historiadores. Oigamos a este respecto al señor Prescott (Guillermo) quien, refiriéndose a la *Relación manuscrita* de Sarmiento, a la *Crónica del Perú* de Cieza de León y al exactísimo y bien informado Garcilaso de la Vega, dice lo siguiente: "El Imperio del Perú, "en la época de la invasión española, se extendía por la " costa del Pacífico, desde el segundo grado, poco más o "menos, de latitud Norte, hasta 37 de latitud Sur, línea "que describen actualmente los límites occidentales de las "repúblicas modernas del Ecuador, Perú, Bolivia y Chile. "Su anchura no puede ser determinada con exactitud, por- "que aunque totalmente limitado al Oeste por el Gran Océa- "no, hacía el Este se dilataba en varias partes mucho más "allá de los montes, hasta los confines de las tribus bárba- "ras, cuya exacta situación no es conocida y cuyos nom- "bres han sido borrados del mapa de la historia."

En las palabras que quedan subrayadas en esta larga cita de la *Historia de la Conquista del Perú con observaciones preliminares sobre la civilización de los Incas*, puede apoyarse cualquiera que tenga interés en sostener que antes de la conquista fueron del señorío del Inca las llanuras que median entre los ríos *Salado* y *Dulce*. Veámos ahora los datos que en otro sentido presentan los historiadores de la conquista del Tucumán, compulsados por el doctor Funes en su *Ensayo Histórico*, al que seguiremos para no acumular autoridades en una nota pasajera.

Supone el doctor Funes que deseando don Francisco Pizarro alejar la influencia poderosa de su rival don Diego de Almagro, tuvo la amabilidad de persuadirle la conveniencia de la conquista de Chile, la cual emprendió Almagro por los años de 1535, tomando la ruta de Tupiza y de allí la del valle de Chicoán, jurisdicción de Calchaquí. Si esto es exacto, el ejército español en camino para Chile, se internaba en la provincia llamada entonces del Tucumán, nó por

espíritu de conquista sino con el objeto de evadir las desiertas e inhospitalarias soledades de Atacama que separan Chile del Perú. La resistencia a los invasores comenzó desde Jujuy. De cinco soldados españoles que se separaron del grueso del ejército, fueron tres despedazados cruelmente por los indios; y cuando la totalidad del mismo ejército atravesaba el citado valle de *Chiván*, fué atacada por retaguardia con tanta energía, que mataron el caballo del general, escapando difícilmente con vida merced al oportuno socorro que le prestaron sus muy leales soldados. Almagro no pudo vergarse de este insulto. Los indios tomaron las alturas y se burlaron de las fuertes caballerías que destacó en su persecución. La relación algo confusa e incompleta del Deán, deja lugar apenas para suponer que el ejército de Almagro entró a Chile por la altura del valle de Calchaqui, lo que, según las mejores cartas, cuadra bien con la proposición que hicieron antes, pues en aquella altura termina el desierto de Atacama y comienza el suelo fértil de Chile.

Este ejército español se componía de 570 españoles y 15,000 *indios peruanos*. Se vé, pues, que para las empresas de conquista se valían los españoles de sus nuevos súbditos, acostumbrados por sus envejecidos usos a invadir tierras extranjeras y a imponerles el uso de su idioma, que era en lo que principalmente hacían consistir los Incas el buen éxito definitivo y la perpetuidad de sus conquistas.

No sería extraño, pues, que cuando poco más tarde se concedió la capitania general a aquel Diego de Rojas, que tanto se había señalado en la conquista de Nicaragua y en otras grandes empresas que supo llevar a cabo con reducidos recursos, nada tendría de extraño, repetimos, que trajese consigo algunos aliados peruanos, aunque no fuesen en el crecido número de 15,000. En esta suposición, y aunque según puede deducirse del historiador que seguimos, el Capitán General Rojas extendió sus conquistas hacia Catamarca, en donde halló una resistencia que le costó la vida, puede creerse, sin embargo, y sin violencia de la razón, que los pobladores de Santiago (entonces y hasta mucho tiempo después comprendidos en la jurisdicción del Tucumán) son

el resultado de la conquista española, como lo presume también el Señor Poucel.

Por qué la influencia de los auxiliares peruanos del conquistador español se fijó de preferencia en aquel punto, no puede tampoco aplicarse de otro modo que lo hace el señor Poucel, es decir, por las afinidades del indígena santiagueño con el peruano, lo que dice mucho a favor del primero, atendiendo al adelantamiento social e intelectual que no puede negarse por entonces a la raza de la lengua quichua. Es de añadir que cuando por los años de 1550, después de la catástrofe de Rojas, recayó la capitanía de Tucumán en otro capitán de la conquista del Perú llamado Juan Núñez de Prado, quién abrió la vanguardia de sus conquistas con 84 soldados y *muchos indios amigos*. Esta vez los indígenas se convinieron en formar una nación con la de su propio invasor, y los habitantes del valle de Catamarca, los de los ríos Salado y Dulce, los de la jurisdicción de Santiago y los belicosos Lules se sujetaron con grande docilidad.

Estos hechos posteriores justifican aún más las suposiciones que quedan aventuradas en un punto todavía tan oscuro de nuestra historia. (1)

Volviendo al hecho constante de que la lengua hablada hoy por el pueblo de Santiago del Estero, es la misma llamada por los escritores la lengua general del Perú, tengo motivos para creer que la adulteración que haya podido sufrir en las llanuras distantes de su origen y circundadas

(1) Existen en el valle de Calchaqui, situado al N. O. de la ciudad de Tucumán, vastos enterramientos o *huacas* a la manera de los peruanos. Estos monumentos son los más característicos de aquella civilización, por cuanto preparaban sus momias de una manera especial y porque enterraban sus muertos con objetos de sus usos, particularmente vasos de una construcción especialísima ya bien conocida en Europa. En el catálogo de los libros y papeles vendidos al Instituto Histórico Brasileiro por el Sr. Dn. Pedro de Angelis, se registra la obra siguiente, escrita por un chileno avecinado en la ciudad de Salta: *Monumentos del tiempo de los Incas cuyos vestigios se admiran en las provincias que componían la intendencia de Tucumán, por D. Filiberto de Mora*. Manuscrito autógrafa. (*Catálogo de Angelis*, publicado en Buenos Aires en corto número de ejemplares.)

de pueblos que hablan un idioma tan superior como es el castellano, no es de gran consideración. Conocemos personas cultas de la provincia de Tucumán que han aprendido el quichua en largas residencias que en su juventud hicieron en los linderos de ambas provincias, y que, teniendo después que atravesar el territorio de Bolivia y del Perú a causa del comercio en mulas, se hicieron entender y entendieron perfectamente a los quichuas puros con el idioma que habían aprendido en Santiago.

Los santiagueños tienen, como es natural, mucho apego a la lengua que para ellos es materna. El español es el latín de aquellos scitas, la lengua oficial en que no derraman ni los sentimientos internos ni las confianzas íntimas de la familia y de la amistad. La ola creciente de la civilización debe respetar ese rasgo variado de la fisonomía del pueblo argentino. Y lejos de desdeñar la parte culta de Santiago el expresarse en aquella lengua, debe al contrario, esforzarse por llevarle a las fuentes puras de su origen y lavarle allí de las manchas que han de desfigurarla probablemente por las muchas pecaminosas influencias que la combaten. Los sacerdotes, en especial, debían allí aprender en las gramáticas y diccionarios que dejaron de la lengua quichua los misioneros jesuítas la pureza de que ésta es susceptible para derramar con magestad y eficacia la palabra de Dios entre aquel pueblo tan industrioso y simpático. Si se tratara de algún dialecto pobre y oscuro, encerrado en espacio reducido y empleado como signo de groseras ideas por una tribu poco numerosa, nos guardaríamos de recomendarla como digna de estudio, de conservación y mejoramiento. Pero la lengua de la gran civilización peruana es hablada actualmente por más de dos millones de americanos, y sus excelencias como idioma claro, expresivo y armonioso están atestiguadas por muchos escritores de nota. Nos contentaremos con recordar lo que a este respecto dice un célebre granadino, el malogrado Caldas, a quién cupo en sus montañas natales de América la misma suerte que al francés Lavoissier, pidiendo en vano una tregua a la muerte (que no le mandaba Dios) para terminar un trabajo útil. "Los peruanos siempre exactos, siempre

cuidadosos en dar a las cosas nombres tomados de sus virtudes, (dice el fundador del Semanario de la Nueva Granada) o su figura, de su situación, etc.: llamaron a las yerbas por sus virtudes y por sus usos en la medicina, en la artes y en la sociedad. Cuando se conoce un poco su lengua, *esta lengua armoniosa, dulce y flexible, esta lengua que representa en el nuevo Continente a la Toscana del antiguo*, entonces se conoce el juicio y la elección que tuvieron los peruanos en la imposición de los nombres a todos los objetos que los rodeaban. Un volcán que arroja de su cima columnas de humo espeso mezclado con llamas, se le nombra *Cotopaxi (masa de fuego)*; otro que larga de su seno nubes de arena, conmueve los fundamentos de la provincia y arruina los templos y los edificios, se le llama *Pichincha (el terrible, el amenazador)*; una cima inmensa cubierta de nieve y colocada al otro lado de un río se nombra *Chimborazo, (nieve al otro lado)*; una población establecida en una garganta estrecha que corta la Cordillera, se le impone el nombre de *Lactacunja (garganta estrecha)*; y en fin, a una planta que fortifica los músculos, que dá vigor que hace andar a un tullido. . . . le llama *calpuchina yuyo (yerba que hace caminar)*. Los nombres de esta lengua contienen las virtudes de las plantas y las cualidades de todos los objetos. Al oír los nombres de las plantas casi se saben sus virtudes. ¿No es esto más sabio, más importante a la humanidad que esos nombres que ha creado la adulación, el reconocimiento o el interés? Qué idea nos pueden dar de una planta las voces *diascorrea, plinia, busfonica, sigesvechia?* etc. Para dar alguna idea más de esta lengua, copiamos aquí la exclamación patética de una madre que acababa de perder un hijo tierno: *pipurchapi tuyayarca!* (a la mitad del día le anocheció). Si faltase armonía a estas dos palabras nadie podrá tacharlas de faltas de elocuencia y de laconismo. (1)

(1) M. A. D'Orbigny hablando de los quichuas se explica con respecto al idioma. . . . "leur langue est remplie de figures gracieuses, des comparaisons justes, de proverbes naïfs, et peint avec force, et élégance les passions vives, l'amour surtout, le plus entraînant de toutes. . . . Alcide D'Orbigny p. 281 *L'homme américain (de l'Amérique méridionale)*. etc. etc. tom. I, Paris 1839.

Hay una circunstancia digna de tomarse en cuenta y que prueba la excelencia de la lengua quichua. Tal es la de haberse naturalizado muchas de sus palabras en el lenguaje usual de las poblaciones civilizadas, aun en aquellas que por su situación geográfica no están en contacto inmediato con los indígenas que hablan la quichua. Como se verá más adelante, esas palabras inoculadas en el habla de los españoles, es decir de los conquistadores, responden a usos e ideas más adelantadas en el imperio de los Incas que en las sociedades formadas en el molde de la civilización española. En las ciudades de Chile Santiago y Copiapó, por el centro de las cuales corren ríos que las dividen en dos partes: se llama barrio de la *Chimba* al suburbio que está *del otro lado del río*. En el fondo del valle de Copiapó y en toda la provincia llamada modernamente de *Atacama*, centro de afamados labores de metales de plata y cobre, la mayor parte de los términos técnicos de minería que allí se emplean son los mismos que usan los potosinos y demás mineros del Perú, términos que pertenecen a la lengua quichua sin disputa alguna. De estos recordamos los siguientes: *apir*, *poruña*, *chancar*, *cancha*, etc. Cuando los españoles bajo la bandera del general Valdivia comenzaron la famosa guerra contra el resistente araucano ya estaban allí en uso palabras quichuas que don Alonso de Ercilla consideró tal vez como pertenecientes a la lengua chilena, pues incorporó las palabras *ojota*, *llauto*, *Palla*, etc., en la Declaración que puso al frente de su conocido y famoso poema para inteligencia del lector no familiarizado con las cosas de Indias.

La ciudad de Buenos Aires, situada en el extremo Sur de la parte poblada del Continente español de la América, distante centenares de leguas del Cuzco y de Quito, emporios de la civilización de los Incas, ha dado carta de ciudadanía a muchas palabras de la lengua quichua, sin el auxilio de las cuales, a veces se hallarían muy embarazados sus habitantes para expresar ciertas ideas. Mientras tanto, no goza de la misma prerrogativa la lengua *guaraní*, que es sin disputa muy bella, muy propia y llena de imágenes, ha sido hablada, y lo es todavía, en lugares inme-

djatos y que se hallaron siempre en constante comunión con la antigua capital por los canales de los grandes ríos (1). Nosotros tenemos registradas como veinticinco de esas palabras *quichuas* corrientes en nuestro lenguaje vulgar, y de entre ellas daremos el significado de las siguientes, como más características, valiéndonos para probar su origen del *Vocabulario de la lengua natural del Perú*, etc. del Padre Diego González Holguín, impreso en Lima en el año de 1608. *Cancha*, patio o corral, esta palabra se aplica entre nosotros para designar un espacio extenso de terreno bien nivelado, y así decimos, *cancha de pelota*, *cancha de bolos* al patio donde tienen lugar estos juegos. *Cancha de un horno de ladrillos*, es el lugar a propósito para poner en él el ladrillo crudo para que se orce antes de ponerlo a la acción del fuego. *Cancha* en nuestros ríos, significa una larga porción en que se mantienen rectos y sin serpenteos, sonservando una misma dirección. *Pucho*, o *puchasca* (sobras, reliquias). De estas palabras hemos hecho el expresivo modismo *no vale un pucho* para despreciar el valor o la importancia que indebidamente se quiere dar a una cosa cualquiera. La aplicación más terminante que hacemos de la palabra *pucho* es el resto o sobra que se arroja del cigarro que se ha fumado: así decimos: *pucho de cigarro*. (2)

(1) La palabra *tapera* (habitación arruinada) y alguna otra que se nos escapa, son las únicas palabras del Guaraní aceptadas en el lenguaje habitual de la provincia de Buenos Aires.

(2) D. Florencio Balcarce, muerto en el verdor de su juventud y después de haber enriquecido su espíritu con las lecciones de los más célebres profesores de París desde 1837 a 1840. ennobleció esta expresión vulgar dándole cabida en su afamada canción *El cigarro*, en la penúltima estrofa, que dice así:

Qué nos dejan en sus huellas
 La grandeza y los honores?
 Por la paz hondas querellas.
 Los abrojos por las flores.
 La patria al que ha perecido
 Desprecia como un guijarro!....
 Como yo arrojó y olvido
 El pucho de mi cigarro,

América Poética.—páginas 58 y 59.—Valparaíso 1846.

Chhacra (heredad de labor, tierras o huertas). Nosotros usamos esta palabra en la misma significación, escribiéndola con una sola *h*. Es la palabra de uso indispensable. De la palabra *chharqui*, que en quichua significa *tasajo* o *recina* y también el cuerpo de un animal o del hombre *flaco* o *seco*, hemos hecho la voz *charque*, que solo usamos en la primera significación, cuando la carne es seca al sol. Esta palabra tiene sus derivados, como *charqueado*, el lugar de la faena del *charque*; y *charcón*, que se dice del animal enjuto pero fuerte, especialmente del caballo. *Chhasca* (meleña) se emplea en Buenos Aires, aunque no generalmente, para designar un cabello mal cuidado y abundante. De *Chasqui* se ha hecho en casi toda la América del Sur *Chasque*, que significa, como entre los Incas, el correo o expreso despachado para dar una noticia especial y urgente. La *Chuspa*, bolsa en que los peruanos guardan el maíz, la coca y demás enseres de viaje y llevan al hombro a guisa de maleta, se ha convertido entre nosotros en *Chuspa*, especie de talega larga y angosta hecha generalmente del buche del avestruz o de la piel de animalillos silvestres y pequeños que sirve a nuestros paisanos para guardar el tabaco, el papel y los avíos de encender. Vulgarmente se compara con una *Chuspa* el seno de las mujeres cuando está lacio y flaco por falta de cuidado, por la edad, etc.

Huasca, (soga o cordel grueso), es una palabra que escribimos *guasca*, y es la única que empleamos para significar la cuerda hecha de cuero de animales que tiene infinitos usos en nuestras industrias: tiene a más entre nosotros, el derivado *guascazo*, que es el golpe dado con una *guasca*. *Vincha* (cinta o apretador de los cabellos) se emplea en el mismo sentido, aun cuando sea un pañuelo el que se ajuste a la frente, como tienen de costumbres las gentes humildes cuando les duele la cabeza. *Yuyo* (hortaliza, yerba de comer). Es nuestra voz favorita para indicar cualquier planta espontánea e inútil; se usa generalmente en plural y cambiando la *u* en *o*: *yuyos*. *Humita* (bollicos de maíz como tamales) dice el Padre Holguín, describiendo así con la mayor exactitud el plato que llamamos *umitas* y que consiste en maíz tierno guisado y envuelto en la hoja de la

planta del mismo maíz (chala). Dispuesto así forma lo que en el Perú se llama *tamal*, palabra probablemente quichua que no ha llegado hasta nosotros. *Pampa*, este nombre con que designamos la llanura poblada a este lado de los Andes por la raza Americana, significa en quichua—plaza, suelo llano, llanada, sábana, campo abierto. Para nosotros representa la idea de extensión inmensa y solitaria. Llamamos *pampas* a los indígenas del desierto indicado antes. *Chuccho*, es el frío con temblor que produce la fiebre y especialmente la llamada terciaria (calofrío). *Me dá chuccho* se dice en Buenos Aires cuando se siente esa impresión que los franceses distinguen con la expresión *chair de poule*. La palabra *cháguara* con que designan los niños de Buenos Aires el hilo torcido consistente que les sirve para *hacer bailar* el trompo, la supongo derivada de *chahuarhuana*, que significa en quichua soga de cáñamo, aunque también puede proceder del nombre de un aloe del Chaco llamado *chaiguar*, según el señor Arenales en su conocida obra sobre aquella región, página 221. Dar *cháguara*, es un modismo humorístico de nuestra ciudad que significa—alentar a una persona a que muestre o desenvuelva alguna propensión inocentemente ridícula. La agricultura debe algunas voces a la misma lengua del Perú: decimos maíz o trigo *chuso* al que se halla en el caso descrito por el Padre Hoigüín en el vocablo *chusso* de su citado diccionario: “maíz o trigo chupado, no lleno, arrugado por helarse en leche o faltarle el agua al granar, que molido es todo cáscara o afrecho;” y llamamos *chauca* a la vaina tierna en que se encierra el poroto, que es la misma acepción que esa palabra tiene en quichua, etc., etc.—Es sabido que los Incas contraían especial atención a la construcción y mejora de los caminos, de los cuales había algunos que atravesaban toda la extensión del imperio, que se llamaban por antonomasia del Inca, porque el monarca transitaba por ellos en sus visitas oficiales. A distancia como de tres o cuatro leguas había en estos caminos unas posadas, que se llamaban *tambos*, y con este mismo nombre se denominaban todavía en Lima algunos grandes edificios construídos por particulares para proporcionar alojamiento a la gente y sus bestias que en-

tran del interior con cargas o productos para alimentar sus mercados. Nosotros hemos adoptado esta voz, pero degenerándola notablemente en su significado: llamamos *tambos* a los lugares donde se atan y ordeñan las vacas; tamberas a las vacas cuya leche se destina para beber, hacer mantequilla, o queso; también llamamos *tambo* al lugar donde se reúnen los negros africanos a bailar y a tener sus juntas y reuniones. Lope de Vega, haciendo en su rica imaginación una mezcla de cosas americanas, ha introducido esta palabra en el siguiente estribillo de una cancioncilla graciosa.

Piraguamonte, piragua
 Piragua, gerizarizagua,
 Bío, Bío

Que mi *Tambo* lo tengo en el río.

Por último, recordaremos una palabra cuyo significado no es misterioso hoy para nadie en el mundo porque ¿quién no conoce la sustancia llamada huano y sus felices aplicaciones al abono de las tierras cansadas? Es probable que este descubrimiento arrebate al elenco peruano de las voces porteñas, ésta que hasta nuestras damas empleaban sin saber lo que decían en la frase siguiente, para ponderar el exceso de las tareas de una persona: "trabaja hasta echar el huano". Esta circunstancia es nueva en la historia del lenguaje, porque es cosa que no se ha visto nunca abandonar el empleo de una palabra en el mismo momento en que se aclara o se conoce su verdadero valor y significado.

La lengua *quichua*, como casi todas las americanas, es lengua hablada únicamente, porque no consta que se haya escrito en ella obra alguna de larga extensión, como sucede con la mexicana, en la cual se conservan algunos manuscritos históricos redactados por indígenas educados por los europeos. Sin embargo, existen escritos en la lengua general del Perú algunos sermonarios, devocionarios, etc. y las siguientes obras que copiamos de catálogos hechos por personas muy versadas en la bibliografía americana.

1.—*Gramática de la lengua Quichua o del Perú* por Fray Domingo de Santo Tomás, Valladolid, 1560, in-12.

2.—*Vocabulario de la lengua general del Perú llamada quichua del Inca*, etc. por el P. Diego González Holguín.—

Lima, 1608—4.º grande de 330 f.

3.—*Lexicón de la lengua quichua*, por fray Domingo de Santo Tomás, Valladolid, 1560.

4.—*Ritual para los curas del Perú*, por Bocanegra.—Lima, 1631—in 4.

5.—*Arte y vocabulario de la lengua quichua*, por el P. Torres Rubio, Lima, 1754—in 12. (1)

La topografía etnográfica del actual territorio de la República Argentina no se halla ni siquiera en la cuna. Los historiadores modernos no la han descubierto enteramente y los antiguos deben leerse con suma precaución para no caer con ellos en errores de nota al señalar las localidades ocupadas por las razas primitivas. En esta materia hay que atender, ante todo, a fijar el número de naciones verdaderas existentes en la época de la conquista; y a nuestro juicio no debe considerarse como una nación sino aquella que habló un idioma especial completamente diferente de los demás conocidos, teniendo en cuenta que muchas de estas lenguas tenían sus dialectos derivados de ellas o corrupciones provenientes de la separación y apartamiento de un grupo del seno de la familia principal. En la colección de documentos de D. P. de Angelis hay una relación de las naciones que repartió en encomiendas el segundo fundador de Buenos Aires D. Juan de Garay. Pero no se pueden considerar como naciones sino como parcialidades o tribus de la gran nación Guaraní, la que en la parte de la provincia de Buenos Aires no pasó jamás a la márgen derecha del Paraná. Los nombres que se dan en aquel repartimiento de carne humana, de esas supuestas naciones deben ser de sus jefes o de los lugares que ocupaban en aquel momento.

La nación *querundio-querandí* era la señora del terreno sobre que se sienta Buenos Aires. Era una raza de valientes que se extinguió completamente sin dejar rastros de su idioma en ningún objeto topográfico. Los nombres de lenguas indígenas que conservan los lugares, arroyos, lagunas, etc. de la provincia de Buenos Aires, son de origen *guaraní* y *araucano*. Los nombres *guaraní* son en pequeño número y

(1) No he tenido a la vista el excelente catálogo de M. Campano.

sobre el litoral, mientras que los araucanos son muchos y comienzan desde la margen exterior del río *Salado*. Los indios *quilmes* del Tucumán trasladados desde allí a cuatro leguas al sur de Buenos Aires, no han dejado más rastros que el del nombre de nación o parcialidad dado al pueblo que se fundó con ellos y que hoy es completamente de gente blanca agricultora (Véase Azara, t. 2.º, p. 241 ed. del C. del Plata.)

Las huellas impresas en la nomenclatura topográfica por las naciones de origen chileno, pueden ser efectos de una conquista hecha sobre los habitantes indígenas por aquella raza, que es numerosa y aguerrida, borrando las denominaciones anteriores dadas a los mismos objetos por los primitivos señores del sueldo de la llanura argentina. Sin embargo los rastros de estos no se advierten en ninguna parte y hay motivos para creer que la región oriental de las Cordilleras hasta la actual frontera sur de Mendoza, no fué poblada sino por los llamados actualmente *indios pampas*, quienes pasaron los montes atraídos por los ganados y caballos alzados de los establecimientos cristianos, que recorrían en aquellas pingües y solitarias dehesas, su ferocidad e independencia primitivas bajo la denominación de *ba-guales*.

Leyendo en el único libro que queda de la historia de esas pobres razas, perseguidas y extintas muchas de ellas, cuyas páginas se componen de los nombres propios de las localidades, hay motivos para presumir que en las actuales jurisdicciones de Catamarca y la Rioja existió una raza que poseía un idioma peculiar, pues los nombres terminados en *gasta* y *en gala* que allí son frecuentes como *Quinogasta*, *Adalgala* no corresponden, según lo que podemos nosotros alcanzar, de la lengua del Perú o quichua.

La historia ha conservado el nombre de la nación que poblaba en tiempo de los conquistadores las provincias denominadas de *Cuyo*, que son Mendoza, San Juan y San Luis. El padre jesuíta Ovalle, consagra en su *Historia de Chile* algún capítulo a esta nación, que se llamaba de los *guarpes*, y de cuya lengua escribió su *Arte* y compuso su *Vocabulario* el Padre Valdivia, famoso misionero de la

Compañía de Jesús, según lo afirma el mismo historiador Ovalle. El Entre-Ríos y Corrientes estuvieron indudablemente ocupados por las tribus de la gran nación Guaraní, cuyo idioma se habla actualmente por la mayoría de los habitantes civilizados de la segunda de aquellas provincias argentinas, lo mismo que sucede en el Paraguay. Los guaraníes, que eran emigrantes como pocas naciones indígenas, no atrevesaron con sus aduares, lengua y costumbres a esta parte del Paraná, sin duda detenidos por el ancho de este río al acercarse al Plata (1). Sin embargo, el gran ángulo formado por el cabo de San Antonio en este río, que es de parte de tierra sumamente pantanoso, lleva el nombre de *Rincón del Tuyu*, que significa *barro* en la lengua Guaraní, lengua que denominaba las cosas como Caldas observa de la quichua, describiendo algunas de las principales propiedades del objeto denominado.

Este es el único rastro Guaraní que sobresale en la nomenclatura topográfica de la tierra firme de la provincia de Buenos Aires. Varios de los riachos formados por el Paraná al incorporarse al Plata, mantienen muchos de ellos sus primitivos nombres guaraníes, como el *Caré*, por ejemplo, que significa *tortuoso*, y al cual llaman los españoles de las *nueve vueltas*, justificando la propiedad del sustantivo-adjetivo indígena.

Las líneas que quedan escritas son unos cuantos rasgos ligerísimos sobre una materia que sería curioso aclarar y sobre la cual debe fijarse en adelante la atención de los viajeros sabios que visiten estas regiones. El señor D'Orbigny ha señalado el primer rumbo en la carta etnográfica que acompaña a su obra sobre el hombre de la América Meridional; pero él se ha contraído únicamente a las principales razas conocidas, dejando los detalles para los que hayan de sucederle en las investigaciones más prolijas de esta misma naturaleza

Buenos Aires.

PABLO PATRON.

(1) Según Azara, el pueblo del Varadero sobre el Paraná, en la provincia de Buenos Aires, debió fundarse con indios de una parcialidad Guaraní. Pero esto debe considerarse como una emigración forzosa proveniente en la conquista.